

## Ni por todo el oro del mundo

*Aquel tipo sorteó la puerta de madera y se detuvo. Giró lento la cabeza para buscar la última mirada de la hermana Aimeé, que apoyaba relajada los codos sobre el muro de cal gastada de la leprosería.*

*-. Vuelva cuando quiera, Adrien.*

*-. Lo haré Hermana.*

*El joven reportero amagó gestualmente la partida para terminar volviéndose del todo; se acercó a la religiosa y le tomó las manos.*

*-. Hermana Aimeé, yo no haría lo que Usted hace ni por todo el oro del mundo.*

*Aimeé bajo la mirada y con gesto lento buscó entre la tela plisada del hábito. Entre sus dedos quedó a la vista una pequeña cruz de plata gastada, enhebrada a una cadenita poco llamativa.*

*-. Yo tampoco, Adrien. Jamás podría hacer lo que hago por dinero. Ninguna de nosotras lo haría. Es por Él.*

*Adrien y Aimeé fueron amigos para siempre; de esos Amigos que jamás vuelven a verse.*

Ayer me lo volví a oír.

Me di cuenta justo cuando se lo estaba diciendo -como si nada- al resto de la Junta Directiva de Achalay, mientras hacíamos balance del curso que acaba en el Centro de Infancia de San Blas.

*“Lo que le da el verdadero valor a lo que hacemos es que podríamos no hacerlo”.*

Y así ha sido año tras año durante los últimos catorce. Así me lo he contado y lo he contado en tantas y tantas ocasiones... hasta creerme que es verdad.

Es como si me resultara estimulante integrar en mí la idea de que puedo llegar a hacer las cosas más importantes de mi vida, sencillamente porque así lo deseo, porque así lo quiero. Porque me da la gana, vaya!

Y no es eso. Ahora creo que no es eso. Ahora lo entiendo de otra manera:

*“Lo que le da el verdadero valor a lo que hacemos, es que lo hacemos por nada a cambio”.*

Ese *“nada a cambio”* es el mayor de los *“todos”* por el que se puede hacer algo, por el que se entrega una vida y –desde luego– por el que se gana la propia.

Ese *“nada a cambio”* es lo que hace que podamos seguir haciendo lo que hacemos con la misma intensidad, dedicación e ilusión día tras día, y año tras año.

Pero no nosotros los de Achalay. Nosotros no somos ni exclusivos, ni elegidos; *el nada a cambio* es genético y toca y graba el corazón de la inmensa humanidad.

Nadie puede vivir sin hacer las cosas más importantes de la vida por *nada a cambio*. Supondría nuestra renuncia, como especie, a la felicidad.

La empatía, la justicia y la sensibilidad (virtudes más humanas que animales, pero no exclusivamente humanas) *“han condenado”* para siempre al ser humano a la *“pena”* del Amor, por más que se revele; al Amor más práctico y concreto, al que se escribe así: *“por nada cambio”*.

Llámale como quieras, caridad, bondad, humanidad.

Da igual, todos lo entendemos en carne propia y en la primera persona del singular. Aunque no alcance a describirlo, su reconocimiento es íntimo, de mí hacia mí, por hacerme el bien a mí.

No necesito nada más, a cambio.

Feliz verano, Amigos.

Muchas Gracias por vuestro apoyo a cambio de nada.

**Ramón Pinna Prieto**

16 JUNIO 2017